

# los prelados argentinos ante el concilio vaticano I

• NESTOR T. AUZA

(1869 - 1870)

## CAPITULO I

### LA PARTIDA DE LOS PRELADOS

*I - La convocatoria del Concilio. — II - La repercusión de la convocatoria en la Argentina. — III - Los preparativos de viaje del Arzobispo. — IV - El Arzobispo comunica su viaje a Roma. — V - El gobierno no contribuye al viaje de los prelados. — VI - La partida del Arzobispo. — VII - Monseñor Gelabert y el pedido de sus feligreses. — VIII - El Arzobispo de Bolivia y Monseñor Risso. — IX - El obispo de Córdoba. — X - Cuatro obispos argentinos en viaje.*

#### I. — LA CONVOCATORIA DEL CONCILIO

**L**A idea de convocar a los obispos católicos para participar en un Concilio que tuviera por objeto el estudio de los graves problemas espirituales que afligían el corazón del Pontífice, surgió en 1864. Su Santidad Pío IX, al promulgar la Encíclica *Quanta Cura*, el 6 de diciembre, en conversaciones mantenidas con algunos miembros del Sacro Colegio, había hecho conocer su idea de reunir un Concilio Ecuménico. En marzo del año siguiente una Comisión de Cardenales inició las conversaciones preliminares fijando algunos de los puntos de dogma y disciplina que debían ser tra-

tados (1). Para esa fecha habían ya transcurrido tres siglos desde la celebración del último Concilio, el de Trento, que se había extendido de 1545 a 1563. Muchos y muy graves eran los problemas surgidos en esos tres siglos y la Iglesia necesitaba enfrentarlos. El Pontífice reinante, Pío IX, venía manteniendo una larga lucha contra los errores y falsas doctrinas de su tiempo, siendo el blanco de ataques que partían de todos los rincones de Europa y América. Sus decisiones eran violentamente criticadas y muy especialmente lo fue su alocución del 18

(1) Mourret Fernando, *La Iglesia Contemporánea*. Edit. Valuntad, Madrid, 1926. Primera parte. To. VIII, Vol. II, Cap. XII.

de marzo de 1861 y posteriormente la encíclica *Quanta Cura*, de 1864, y el *Syllabus* o el catálogo de los principales errores de su época, que el Pontífice condenaba. En tanto el Pontífice con estos documentos reiteraba a los católicos del mundo entero la tradicional enseñanza de la Iglesia, ajustándola a los nuevos problemas, la situación social, política y religiosa del mundo, especialmente de Europa, se agravaba de una manera alarmante.

El liberalismo que dominaba en la concepción intelectual del siglo, al sentirse violentamente atacado por los documentos pontificios arreció en sus ataques a la persona del Pontífice y a la doctrina por él defendida. No existió campo en donde las fuerzas del siglo no libraran una lucha sostenida y tenaz con los católicos que, sacudiendo su pereza, comenzaban a agruparse en torno a sus prebados, renaciendo del seno de la Iglesia, un florecimiento intelectual y una militancia generosa.

Mas si el peligro corruptor de las ideas era inmenso, no dejaba de ser menos peligroso el ejercicio de la violencia por las armas que amenazaba a Europa, especialmente del lado de Alemania y la más próxima al Pontífice, la que provenía de la debatida "cuestión Romana". Esto último, objeto de negociaciones diplomáticas en virtud de los múltiples intereses que a ello se vinculaban, se agravaría, en octubre de 1867, con la invasión a la península por Garibaldi y sus tropas.

En medio de las inquietudes que conmovían a las cancillerías europeas, Pío

IX celebra un Consistorio el 26 de junio de 1867, haciendo pública su intención de celebrar un Concilio Ecuménico. "Largo tiempo ha que acariciábamos en nuestro ánimo un designio que ha sido ya conocido por varios de vuestros Venerables Hermanos y que esperábamos poner en ejecución tan pronto como la oportunidad para ello vivamente deseada por Nos. Este designio es el celebrar un sagrado Concilio Ecuménico y general de todos los Obispos del mundo católico, en que se investiguen, con la ayuda de Dios, los remedios necesarios para los males que afligen a la Iglesia" (2). Un año después, el 29 de junio de 1868, Pío IX promulgaba la Bula de Indicción *Aeterni Patris*, convocando a todos los obispos del mundo a reunirse en concilio en el Vaticano, el día 8 de diciembre de 1869.

## II — REPERCUSION DE LA CONVOCATORIA EN LA ARGENTINA

La Bula del Sumo Pontífice fue conocida inmediatamente en Buenos Aires. El sábado 15 de agosto la publicaba el diario porteño *Intereses Argentinos*, transcribiéndola del *Diario de Roma*. Pocos días después, aquel diario, haciéndose eco del júbilo suscitado por la convocatoria, expresaba: "En el futuro Concilio divisa nuestro fatigado espíritu a través de los trastornos universales, el más poderoso antídoto contra esa crónica enfermedad de que adolece la humanidad entera. Los

(2) Carbonero y Sol, León, *Crónica del Concilio Ecuménico del Vaticano*, Imp. Pérez Dubrull, Madrid, T. II, p. 13.

Concilios Generales, en todos los tiempos, han sido considerados como principios de una época notable, y así como han sido indicios ciertos de los grandes males que reinaban, así han sido también, como los precursores de grandes y favorables resultados en bien de la paz y tranquilidad común" (3).

Para esos meses en la Argentina finalizaba la campaña electoral, destinada a elegir el sucesor del General Mitre y que culminó en la elección de don Domingo F. Sarmiento. Probablemente debido a ello, la prensa argentina no prestó atención al Concilio en el período que se extiende desde su convocatoria a la inauguración, y apenas si mereció algunos sueltos en el único periódico católico que existía en Buenos Aires. No había otro periódico católico. Un joven prestigioso, conocido por sus valientes intervenciones en defensa de sus ideas católicas, José Manuel Estrada, dirigía la *Revista Argentina*. Sin embargo en dicha publicación no se hallará ninguna referencia al Concilio, no obstante ser Estrada un hombre vigilante y un atento observador.

Con posterioridad a la inauguración del Concilio algunos periódicos se dedicaron a atacarlo, deliberadamente o de ocasión, destacándose, especialmente, en esa campaña, por la virulencia del lenguaje y la inconsistencia de su doctrina, *La Tribuna*, que redactaban los hermanos Varela. Con este diario polemizó, en esta ocasión, los *Intereses Argentinos*, sosteniendo la doctrina ortodoxa contra las ideas liberales y anticristianas que *La*

*Tribuna* se complacía en divulgar con calor de apóstol.

Otros diarios, y fueron los más, como *La Nación* y *La Prensa*, no obstante la preocupación que sus columnas denotaban por los asuntos europeos, no se hicieron eco de las deliberaciones conciliares.

A estas playas llegaron, no obstante la distancia, las repercusiones de la batalla periodística que se libraba en Europa antes, durante y después del Concilio (4). Los mejores católicos, entre los laicos, seguían atentamente las deliberaciones de la magna asamblea así como la marcha de los acontecimientos europeos (5).

### III — LOS PREPARATIVOS DEL VIAJE DEL ARZOBISPO

Los preparativos del viaje se iniciaron a comienzos del año 1869. Por una carta de Monseñor Escalada dirigida al conocido intelectual católico don Félix Frías, sabemos que, para el mes de febrero, el viaje de aquél estaba decidido. Monseñor Escalada se hallaba, probablemente pasando sus vacaciones, en una chacra de San Isidro y don Félix Frías no había podido llegarse a ella para despedirse antes de embarcarse para Chile y en

(4) La obra citada de León Carbonero y Sol, dedica una reseña bibliográfica crítica, analizando doscientas nueve obras aparecidas en distintos lugares del mundo, ya favorables, ya contrarias al Concilio. Véase T. III, pág. 5-321.

(5) En la correspondencia existente en el Archivo General de la Nación, entre Félix Frías, Eduardo Carranza, Juan Thompson, Luis L. Domínguez, etc., se puede comprobar el interés y la preocupación que el Concilio les merecía.

(3) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 20 de agosto de 1868.



consecuencia optó hacerlo por escrito (6). Es por la respuesta a esta despedida que nos enteramos que Monseñor Escalada ya tenía decidida su partida y solicitaba de don Félix Frías saludara en su nombre al Arzobispo de Chile, "a quien espero tener el gusto de conocer muy pronto, pues por carta, que he recibido últimamente del señor Internuncio Apostólico en el Río de Janeiro, sé que está resuelto a ir al Concilio Ecuménico con los Obispos de Concepción y de Ancand (sic) que son todos los de Chile, pues está vacante el obispado de la Serena" (7). A continuación Monseñor Escalada hace mención del propósito de viajar a Roma de los obispos argentinos con sede en Salta y Cuyo, a la par que manifiesta no tener noticias respecto a los obispos de Córdoba y Paraná. La animosidad y el firme propósito de estar presente en el Concilio, quedan patentes en esta frase: "Dios quiera darnos salud para poder cumplir las órdenes del Sumo Pontífice acudiendo a su llamado" (8). El último párrafo de la carta nos informa que también pensaba hallarse en Roma don Félix Frías: "Mucho celebraré tener el gusto de ver también en Roma a Ud.

(6) Don Félix Frías fue designado Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno Chileno. Partió para ese destino en febrero de 1869, en el vapor "Magallanes". Su misión se prolongó hasta el año 1874.

(7) Archivo General de la Nación. Legajo 686, to. XIII, nº 11.143. Los obispos chilenos que participaron en el Concilio fueron tres: el Arzobispo de Santiago D. Rafael Valdivieso, Monseñor José Sala, de Concepción, Monseñor José Orrego, de La Serena.

(8) Monseñor Escalada había nacido en Buenos Aires el 26 de noviembre de 1799, de modo que se hallaba en viaje a Roma cuando cumplió 70 años.

según me lo anuncia". El propósito de viajar a Roma que tanto debía halagar el corazón sensible y la fe robusta de don Félix Frías, no pudo cristalizar.

Cuatro meses después de la carta citada, Monseñor Escalada remite una segunda a Don Félix Frías, que se hallaba ya radicado en Santiago de Chile: El Arzobispo se había enterado, por noticias recibidas desde Montevideo, que los señores obispos de Chile partirían juntos desde el puerto de Valparaíso, cruzarían el Estrecho, tocarían Montevideo y seguirían desde allí viaje directo a Europa: "Con este motivo el señor Obispo de Megora, Vicario Apostólico de Montevideo, me ha enviado un sacerdote para persuadirme que detenga mi salida para esperar a aquellos señores y poder reunirme a ellos. Desde luego que sería muy ventajoso y agradable ir todos en reunión" (9).

El objeto, pues, de la carta dirigida a Frías era el de que tuviera la gentileza de informarle acerca de la veracidad de dichas noticias y en ese caso, indicarle día de salida del vapor y posibilidades de obtener pasaje a partir del puerto de Montevideo. Esto último no le parecía, al anciano arzobispo, una cuestión fácil. "Me han informado, que generalmente son muchos los que van con él (barco), y que por este motivo es preciso asegurar el pasaje dos o tres meses antes; yo, por mi edad y circunstancia, necesito un camarote cómodo, donde pueda ir solo, y para ello deseo tener con anticipación

(9) Archivo General de la Nación. Legajo 686, to. XIII, nº 11.144.

las noticias que dejó indicadas para tomar mis medidas y asegurarme" (10).

No conocemos la respuesta dada por don Félix Frías al pedido formulado por Monseñor Escalada, aunque suponemos que los inconvenientes previstos por éste le impidieron realizar el viaje según aquellos proyectos. En aquellos tiempos las comunicaciones con Europa eran mucho menos frecuentes que en la actualidad, de modo que los barcos que arribaban a Montevideo vía del Pacífico, venían generalmente con sus plazas totalmente ocupadas.

#### IV — EL ARZOBISPO COMUNICA SU VIAJE A ROMA

Según hemos visto el señor arzobispo no había dudado un instante en partir para Roma. Los trámites realizados y que hemos mencionado tuvieron formal decisión y publicidad cuando el señor arzobispo pasó nota al gobierno nacional comunicando su resolución de asistir al Concilio. En esa nota, que llevaba fecha del 4 de agosto Monseñor Escalada hacía saber, también, que mientras durara su ausencia la arquidiócesis sería gobernada por el Dean de la Iglesia Metropolitana, Dr. Federico Aneiros (11): Vein-

te días después, el señor Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Dr. Nicolás Avellaneda, hacía saber al arzobispo que el Presidente de la República "no opone óbice ninguno a su viaje" y que "presta además su autorización al nombramiento recaído en la persona del Dr. Aneiros para gobernador de la arquidiócesis durante la ausencia del Arzobispo". La respuesta oficial se cerraba con este párrafo: "Por lo demás el señor Arzobispo conoce perfectamente el espíritu de nuestras instituciones, las necesidades especiales de la República; y el gobierno, confiando en la elevada prudencia de V. E. debe esperar que ellas serán siempre dignamente representadas en cualquier ocasión y lugar por el señor Arzobispo" (12). Esto último era sin duda, una lisonja justa que el señor Arzobispo merecía.

Poco después, ante una comunicación semejante del Obispo del Litoral, Monseñor José María Gelabert, el Ministro respondía con una nota de idéntica redacción a la enviada al señor Arzobispo y aceptando la designación recaída en el Provisor y Vicario General Dr. Claudio Seguí, como gobernador del Obispado (13).

De otro tenor y al mismo tiempo más curiosa y sugestiva fue la nota remitida por el Obispo de Cuyo, Monseñor Wenceslao Achával al Ministro de Culto, con fecha 10 de agosto y que llevaba también la firma del Secretario Pbro. Salvador Giles. En ella solicitaba "la corres-

(10) Los obispos chilenos se embarcaron en Valparaíso en septiembre de 1869, a bordo del vapor "Araucanía", acompañados de algunos sacerdotes. En ese barco regresaba a Buenos Aires el Secretario de la Legación Argentina, don Santiago Estrada. El barco tocó puerto de Montevideo el lunes 27 y pronto partió rumbo a Europa.

(11) Monseñor Aneiros, nacido en Bs. As. el 28 de junio de 1826, era el colaborador más directo de Escalada y a la vez el sacerdote más prestigioso y capaz del clero porteño; ocupaba la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Buenos Aires.

(12) Memoria del Departamento de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Tip. Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1870, pág. 235.

(13) Idem, pág. 238.



pondiente licencia para asistir al Concilio Nacional que debe tener lugar en Roma y al que han sido convocados todos los obispos de la cristiandad". Lo curioso de la nota se hallaba en esa "licencia" solicitada al Gobierno para asistir al Concilio, como si el señor Obispo necesitara, para salir de su diócesis, una especial autorización del gobierno. Llama la atención el empleo de ese término que tiene un significado preciso y su colocación en la carta parecía no dar lugar a dudas sobre su interpretación. Sin embargo, a los ojos de los funcionarios públicos imbuidos de las ideas regalistas, no habrá dejado de parecer grato. Otro párrafo de la nota remitida por el señor Obispo contenía una idea semejante: "Al mismo tiempo debo pedir al gobierno la autorización necesaria para dejar al frente del gobierno de la Diócesis de Cuyo a mi Provisor y Vicario General Dr. Braulio Laspiur, durante mi ausencia" (14).

La respuesta suscripta por el Dr. Avelaneda expresaba: "El señor Presidente me encarga decir en respuesta al Excmo. señor Obispo que no opone óbice alguno a su viaje; y que presta igualmente su autorización para que quede al frente de aquella diócesis el Provisor y Vicario Dr. Braulio Laspiur". No terminaba con ello la respuesta oficial, ya que a continuación, y a raíz del viaje, el Ministro planteaba al Obispo un pedido, que hacía extensivo a toda la jerarquía en virtud de sus términos. El pedido estaba expresado en estos términos: "El señor Presidente quiere también que aproveche nuevamente esta ocasión para recomendar a su atención la necesidad que hay

de que los obispos de la República se provean de las facultades que reputen conducentes a fin de hallarse en aptitud de dispensar sin erogaciones como sin dificultades el impedimento que los canonistas conocen con el nombre de "Disparidad de Culto" para la celebración de los matrimonios (...). Las dificultades para el matrimonio traen por otra parte, y como una consecuencia inevitable, la propagación de las uniones ilícitas, viniendo así a contribuir de un modo directo a desmoralizar profundamente la sociedad. El señor Obispo no necesita ser advertido para tener en cuenta que los intereses de la religión son inseparables de los de la moral, y que cuando ésta ha desaparecido de las costumbres, aquella no figura ya sino en vanos simulacros" (15). El Ministro se extendía ofreciendo otros argumentos referentes a la importancia de los matrimonios mixtos para un país de inmigración como el nuestro y concluía deseando a Monseñor Achával un feliz viaje, mientras expresaba que "penetrado de los designios del gobierno empleará su residencia en Roma y su comunicación con la Santa Sede, para volver premunido de todas las facultades que lo habiliten para atender a la necesidad social que acabo de exponer".

#### V — EL GOBIERNO NO CONTRIBUYE PARA EL VIAJE DE LOS PRELADOS

En el mismo mes que los restantes obispos se habían puesto en contacto con las

(14) El Nacional, Buenos Aires, 19 de agosto de 1869.

(15) Idem. Según el texto de la nota, se deduce que el Ministro ya había conversado personalmente con Monseñor Achával sobre el tema.

autoridades, Mons. Risso Patrón, que gobernaba la diócesis de Salta, puso en conocimiento del gobierno su próxima partida para Roma. Al mismo tiempo se permitió solicitar de las autoridades nacionales una contribución pecuniaria que ayudara a su traslado y permanencia en la ciudad santa. La respuesta del Ministro estuvo redactada en términos idénticos a la remitida al Arzobispo. Sin embargo, en la *Memoria* del Ministerio, en sección Culto, el Ministro Dr. Avellaneda, al dejar constancia de la demanda efectuada por el obispo explicaba que no había sido posible satisfacerla, fundado en la "consideración de que el "Presupuesto de Culto" no contenía fondos que pudieran distribuirse a la sufragación de gastos tan crecidos". Temía, además, el Ministro, y lo hacía constar, que da accederse al pedido, esas sumas aumentarían "si otros obispos de la República elevaran una solicitud semejante" (16). Sin duda, en aquellos momentos, el presupuesto en vigencia no proveía una partida destinada a tal finalidad con lo que la excusa resultaba a la postre un argumento valedero. Pero también era cierto que las Cámaras podían votar una partida suplementaria si el P. E. lo hubiera solicitado, aún a pesar de los recursos deficitarios del erario nacional. Merece recordarse que la presidencia de Sarmiento se vio enfrentada a una situación financiera desfavorable, como consecuencia de la prolongación de la guerra del Paraguay y de los levantamientos federales del interior.

Sin embargo, ¿era esa la única causa que motivaba la negación oficial a contribuir pecuniariamente al viaje del Obispo?

Si las razones expresadas eran suficientemente valederas como para justificar la falta de auxilios económicos a los obispos que concurrían al Concilio, no eran con todo las únicas. Había otra de mucho peso, que la nota del Ministro Avellaneda expresaba claramente. Esta decía: "Pero hay, además, una razón superior que se hizo valer en la respuesta dada al obispo de Salta; y es que Su Santidad Pío IX no había comunicado oficialmente al gobierno argentino la convocatoria del Concilio". Como se ve, la ausencia de una invitación oficial del Vaticano al gobierno argentino obraba como causa de que éste no se diera por informado, y por lo tanto, no se hallara dispuesto a contribuir pecuniariamente para costear el traslado de un obispo. Por ello, el Ministro, en uno de los párrafos de su *Memoria*, refiriéndose al Concilio, expresaba que éste "según los anuncios de la prensa europea" debía reunirse próximamente en Roma (17).

El Ministro del Culto, Dr. Avellaneda, ateniéndose a lo que había sido de práctica en los anteriores Concilios, esto es, la invitación a los príncipes católicos para que asistan a la asamblea ecuménica, sostenía que el gobierno argentino debía ser invitado. Indudablemente los tiempos habían cambiado y con ello las relaciones entre la Iglesia y el Estado y poco valor podían tener en los turbulentos años del pontificado de Pío IX, el

(16) *Memoria del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública*, Tip. Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1869, pág. XXX.

(17) *Idem*, pág. XXX.



recuerdo de una práctica que había tenido su origen en circunstancias muy distintas. Sin embargo, a juicio del Ministro argentino, se trataba de una norma que debía respetarse. "Es entre tanto una regla invariablemente establecida, desde que los Papas asumieron el derecho de convocar por sí los Concilios, el que ellos se dirijan por medio de una bula solemne, llamada de indicción, a todos los gobiernos católicos, haciéndose saber el lugar y el tiempo en que debe reunirse el Concilio e invitándolos a que envíen representantes suyos en unión con los obispos de sus respectivos países. Esta formalidad esencial no solamente no fue omitida en el Concilio de Trento, sino que según el testimonio de sus historiadores, los príncipes católicos fueron admitidos a manifestar sus opiniones sobre el lugar en que venían a celebrar esa memorable y hasta hoy última asamblea de la cristiandad" (18). Cabe advertir que las ideas de que se hacía eco el Ministro Avellaneda no eran una novedad y ni siquiera se trataba de una opinión aislada y sin repercusión, siendo, por el contrario, muy populares en los medios intelectuales, políticos y religiosos europeos, de donde sin duda, las había tomado el Ministro (19). El planteamiento efectuado por el Ministro argentino no tuvo

otra repercusión en las esferas del gobierno, quedando así más como una protesta que como un incidente con la Iglesia. El mismo Ministro, al año siguiente, al hacerse eco de lo sucedido al respecto en los gabinetes europeos, especialmente lo acaecido en las Cámaras francesas, aceptó las explicaciones que se dieron en ésta y dejó constancia de ello en la *Memoria*, sin recriminaciones ni enojos: "En la *Memoria* del año precedente manifesté que Su Santidad Pío IX no había comunicado al gobierno argentino la reunión del Concilio y debo agregar que después de las explicaciones dadas por uno de los Ministros franceses en el Senado de su país, quedó averiguado que ningún gobierno había recibido a este respecto aviso oficial de la Corte Romana. Así la bula de *Indicción*, por la que los Papas, desde que asumieron el derecho de convocar por sí los Concilios, hacen saber a los gobiernos católicos el lugar y el tiempo de su reunión, no ha sido expedida en esta ocasión. El Ministro francés observaba que la supresión de esta antigua formalidad era más conforme al estado actual de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la sociedad moderna, y a su independencia respectiva, a. mismo tiempo que dejaba a los gobiernos sin compromisos anteriores

(18) Idem, pág. XXX y XXXI.

(19) La congregación preparatoria del Concilio, decidió que los príncipes católicos podrían asistir a las sesiones solemnes, pero sin ser invitados a tomar parte en las deliberaciones. Poco después de saberse tal decisión, comenzó un movimiento de disconformidad que no tardó en ser fomentado por los espíritus contrarios al Concilio. En Alemania, el célebre Dr. Doellinger sugirió al príncipe Clodoveo de Hohenlohe, Ministro de Baviera, la idea

de intervenir diplomáticamente para prevenir a los gobiernos europeos sobre los peligros que entrañaba el Concilio. Resultado de esa intervención fue la citación a una conferencia internacional que debía tener por objeto conjurar los peligros previstos, pero fracasó por no haber hallado eco en los principales gabinetes europeos. Sin embargo, creó una actitud nada amistosa hacia la Iglesia. Conf. Mourret, Fernando, *Historia General de la Iglesia*, To. VIII, vol. II, pág. 618 a 621.



respecto de las resoluciones que el Concilio adoptara" (20). Quedaba de esta manera cerrada la cuestión.

## VI — LA PARTIDA DEL ARZOBISPO

Cuando los obispos chilenos arribaban al muelle de Montevideo hacía un día que había zarpado de Buenos Aires el Arzobispo Escalada. Lo acompañaban en su viaje a Roma, un reducido núcleo de sacerdotes, y un sirviente que lo atendía, desde muchos años atrás, con devota consideración. La partida fue anunciada para el domingo 26 de septiembre al mediodía. El secretario del Arzobispado, presbítero Domingo César invitó por los periódicos al pueblo porteño a acompañar al pastor hasta el muelle, de donde una falúa debía conducirlo hasta las balizas, en cuyo lugar se hallaba anclado el paquete inglés "Arno", que lo conduciría a Roma.

Según estaba anunciado, el domingo, luego de celebrar la Santa Misa en la Iglesia Catedral, cuyas naves se hallaban repletas de feligreses, el señor Arzobispo se encaminó al muelle. A la salida de la iglesia y en las calzadas, el pueblo dio público testimonio de afecto y devoción por el anciano e ilustre prelado que, desafiando todos los achaques de los años, se disponía animosamente a realizar tan largo viaje. La multitud que los acompañaba más la que lo aguardaba en el desembarcadero, era inmensa. Pocas veces el Buenos Aires de entonces había

visto despedida tan jubilosa y popular. Un diario, por cierto nada afecto a las ideas católicas, calculó el número de asistentes entre "cuatro o cinco mil personas" (21). Había allí hombres y mujeres de todas las edades y de todas las condiciones sociales y ninguno quería dejar de tocar y ver al prelado. El mismo periódico antes citado deja constancia del torbellino producido por el deseo de no dejar partir al Arzobispo sin acercarse a él. Dice el cronista: "La muchedumbre de beatos y otras gentes poco cultas que asistieron, en el empeño de besar el anillo del pescador pusiéronle al señor Arzobispo en serias dificultades: lo estrujaron y lo empujaron y atropellaron sin piedad. La paciencia del ilustre prelado no faltó, dejándose molestar por aquellas gentes hasta donde quisieron" (22).

El Arzobispo fue recibido en el muelle por numerosas y destacadas figuras del catolicismo, el foro y la política. El mismo gobierno se hizo presente por intermedio de dos destacados Ministros, el de Instrucción Pública y Culto Dr. Nicolás Avellaneda y el de Interior Dr. Vélez Sársfield. Los aplausos y los vivas se repetían insistentemente mientras el clero secular y regular se despedía de su prelado. Poco después, esa multitud se dispersaba por las calles, en tanto que a lo lejos, el "Arno", iniciaba su marcha.

Los que allí habían despedido al anciano Arzobispo no imaginaban que año y medio después habrían de congregarse en ese mismo lugar para recibirlo sin vida.

(20) Memoria del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Año 1870. Sección Culto.

(21) El Nacional, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1869.

(22) Idem.

## VII — MONSEÑOR GELABERT Y EL PEDIDO DE SUS FELIGRESES

La diócesis de Paraná se hallaba bajo la dirección pastoral de Monseñor José María Gelabert. Como en el mes de agosto aún no se sabía si este prelado asistiría al Concilio, católicos renombrados, residentes en la ciudad de Santa Fe, suscribieron un pedido que dieron a publicidad. En él expresaban el "grande honor para la República y especial honra para el pueblo santafesino, que resultaba de la concurrencia del Ilmo. señor Obispo de esta diócesis, conjuntamente con los demás de la República, a la gran asamblea católica". Lo fundamental del pedido estaba formulado en el siguiente párrafo: "Es verdad, y no siendo aún conocido la resolución al respecto del Ilmo. señor Obispo, que los infrascriptos han creído conveniente constituirse espontáneamente en comisión para llevar a cabo la idea manifestada, iniciando una suscripción, cuyo resultado, sea cual fuera, será presentado a S. S. Ilma., a nombre del pueblo santafesino, rogándole la acepte, no tanto como contingente que será siempre desproporcionado a su merecimiento, a nuestra voluntad y a los costos de un largo viaje y permanencia en país extranjero, sino principalmente como sincera demostración de aquellas nobles aspiraciones que quedan expresadas" (23).

Firmaban el petitorio, que tuvo amplia repercusión en la provincia santafesina, las conocidas figuras de Urbano de Iriondo, Aureliano Argento y Mariano Puig.

Las dificultades que impedían marchar

a Monseñor Gelabert fueron, finalmente, vencidas, de modo que pronto inició preparativos de viaje, satisfaciendo así, sus propios deseos y los de su pueblo. Cuando todo estuvo listo se dirigió a Buenos Aires, de donde partió el 12 de octubre, acompañándolo en calidad de secretario, el Pbro. Victoriano To'osa.

Pocos días antes de partir, el 4 de octubre, dió a publicidad una Pastoral de despedida, en la que informaba a sus fieles del objeto de su viaje. Haciendo alusión a las dificultades vencidas expresaba: "Hemos luchado contra ellas y al fin, aunque a última hora, en que apenas tenemos tiempo para anunciároslo, hemos conseguido vencerlas en cuanto nos es dado para poner en práctica la resolución suspirada de escuchar la voz del Pastor de los Pastores...". Por último, valorando su aporte intelectual a las deliberaciones del Concilio, agregaba: "No les oculto que no llevamos a ella los contingentes de luces, ciencia y virtud que pudieran hacer de alguna importancia nuestra presencia en tan grandiosa reunión; demasiado conocemos nuestra pobreza de ingenio y de virtudes. No nos es necesario que se nos enrostre por los que nos son desafectos, pues confesamos sin rubor ser el último de los obispos católicos, pero si carecemos de aquellas dotes que no echamos de menos para propia gloria sino en cuanto lo deseamos para emplearla en servicio de los intereses del bien, llevamos sí, una convicción profunda y una voluntad decidida de aprovecharnos de las luces y virtudes indisputables de nuestros hermanos, ayudándoles con nuestro humilde valor al sostenimiento de la verdad, a la defensa de los principios que son la base de la

(23) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 19 de agosto de 1859.



Religión y que contribuye a la verdadera felicidad de los Estados, sociedades e individuos que profesan la fe salvadora y civilizadora del género humano" (24).

#### VIII — EL ARZOBISPO DE BOLIVIA Y MONSEÑOR RISSO

Un nuevo motivo de actividad en la ciudad porteña fue la llegada del Arzobispo de Charcas o La Plata, Bolivia, D. Pedro Pusch y Salana y de las siete personas que integraban su comitiva. Su arribo se produjo el 10 de octubre y permaneció en Buenos Aires poco más de una semana, alojándose en el Palacio Arzobispal. El prelado ocupó alguno de los días en recorrer la ciudad, teniendo como acompañante al cónsul de Bolivia. "...recibiendo en todas partes demostraciones bien claras de que a pesar del liberalismo dominante del siglo, se respetan las altas dignidades y las notables inteligencias" (25).

Unos días antes de la llegada del Arzobispo de La Plata, se hallaba también en Buenos Aires, el obispo de Salta, Monseñor Buenaventura Riso Patrón, quien había bajado con el fin de partir para Roma. Monseñor Riso era franciscano y como tal, se alojaba en el convento que su orden poseía en la ciudad. Un diario católico, haciéndose eco de su llegada, expresaba: "Tenemos entendido que muchas han sido las dificultades que ha tenido que vencer el señor Riso para la realización de su viaje, pero todas las ha vencido con esa constancia y celo que le distinguen" (26).

(24) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 16 de octubre de 1869.

(25) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 16 de octubre de 1869.

Tanto Monseñor Riso como Monseñor Puch, tenían tomadas plazas en el mismo barco, de modo que realizaron el viaje en mutua compañía. La partida se efectuó el 20 de octubre, un poco después de mediodía. Acompañaban a Monseñor Riso, el Pbro. Juan Tissera y F. Linares y el Pbro. Raynerio J. Lugones.

A esa fecha eran ya tres los obispos argentinos que se hallaban en viaje a Roma y poco después se les sumaría el cuarto, el Obispo de Cuyo, Monseñor Wenceslao Achával. Era Achával el obispo de más reciente consagración, habiéndose efectuado ésta en el mes de octubre de 1868. En el viaje a Roma lo acompañaba, en calidad de secretario, su sobrino, el Dr. Tristán Achával Rodríguez, que pocos años después alcanzaría merecido renombre como político y como defensor del catolicismo.

#### IX — EL OBISPO DE CORDOBA

Hasta esa fecha el único obispo argentino que no había tomado la decisión de concurrir al Concilio era el obispo de Córdoba, Monseñor José Ramírez de Arellana. La causa de su silencio no era pública ni se la conocía, de allí que algunos sectores del católico pueblo cordobés se preguntaban si el prelado concurriría. En el mes de octubre, con la firma de Emiliano Cabanillas, apareció en el diario católico porteño, un suelto titulado: "¿Irá el Obispo al Concilio?". En él expresaba que el pueblo cordobés no podía mirar con indiferencia la reunión del Concilio sin la presencia de su obispo, y agregaba: "El pueblo no cono-

(26) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 7 de octubre de 1869.

ce la causa que detiene a su prelado y estamos seguros que concurrirá gustoso a allanarla si de él dependiese, pues parece que no puede resignarse a tener en el Concilio el legítimo representante de su fe y poderosos sentimientos; parece que quiere hacer ostentación de esa misma fe enviando al Padre Santo, por medio de su ilustre prelado, una protesta de adhesión a la Cátedra de Pedro" (27).

Al día siguiente, en el editorial del mismo diario, se daba una explicación en torno al hecho. Se decía allí: "El único prelado argentino que no concurrirá al Concilio, a pesar de los deseos de sus feligreses, es el señor obispo de Córdoba. No por falta de celo apostólico, ni por desatender el mandato del Santo Padre. El señor Arellana ha dado pruebas del celo apostólico que le anima; la penosa visita que ha practicado en toda su vasta diócesis así lo acredita. Especialmente en la visita a *La Rioja*, en donde perdió la dentadura, y los más infatigables compañeros llegaron a cansarse por los trabajos, él era el único que permaneció superior a todos los sufrimientos de aquella penosa visita. Estos antecedentes harán comprender fácilmente que las causas que se oponen a su viaje, son de aquellos superiores a la voluntad del hombre, ante los que pierden sus fuerzas los mandatos de los superiores. En efecto, por personas caracterizadas y de cuyas palabras no nos es permitido dudar, sabemos que las causas que impiden al señor Obispo de Córdoba el concurrir al Concilio, son su avanzada edad y la penosa enfermedad al pecho que padece habitualmente. El viaje a Europa en el deterio-

rado estado de salud en que se encuentra le costaría la vida, según lo que nos han asegurado. Por nuestra parte sentimos esta imposibilidad del señor Arellana, que viene a privar a la República del honor de que todos sus pastores rodeasen al Santo Padre" (28). Esto explica la no asistencia del obispo a tan magna asamblea.

## X — CUATRO OBISPOS ARGENTINOS EN VIAJE

Con la partida de Monseñor Achával, la delegación argentina quedaba integrada definitivamente, ya que Monseñor Arellana no podía viajar (29). El país se hallaría así dignamente representado dando prueba la jerarquía del afecto con que concurría al llamado del Pontífice. Era esa la primera vez que los obispos argentinos participaban en un Concilio Ecuménico y lo hacían con conocimiento de la enorme responsabilidad que asumían ante la Iglesia y el mundo. Todos debieron vencer numerosos problemas antes de poder salir, pero al fin la decisión de concurrir a la magna asamblea y el propósito de no faltar al llamado, había sido lo suficiente poderosas como para vencerlas. Cabe mencionar, además, que era aquella la primera vez que los obispos argentinos visitaban a un Pontífice reinante y la primera vez que visitaban la ciudad eterna. ♦

(28) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 10 de octubre de 1869.

(29) León Carbonero y Sol, al efectuar una estadística de los obispos presentes en el Concilio, indica, equivocadamente, que el número de argentinos era de cinco. (t. IV, pág. 66); sin embargo, al elaborar el catálogo de obispos de lengua española, colocó correctamente los cuatro que asistieron (p. 67-71).

(27) *Intereses Argentinos*, Buenos Aires, 9 de octubre de 1869.